

LA CRUZ DE CRISTO Y LOS JOVENES

El próximo día 24 de octubre llegará a Segovia en peregrinación la Cruz y el Icono de la Virgen María que el papa Juan Pablo II entregó a los jóvenes en 1984 con ocasión de la celebración del Año Santo de la Redención. Ambas imágenes han acompañado a los jóvenes por todos los países en los que se han celebrado jornadas mundiales de la juventud.

Llevando la cruz sobre sus hombros los jóvenes se convierten en portadores de la alegre noticia de la salvación y proclaman al mundo que Cristo nos ha salvado del pecado y de la muerte. Exaltan la cruz, levantándola sobre lo alto, de modo que todo el mundo la mire con fe y se salve. Es una indicación que viene del mismo Cristo, que refiriéndose a su muerte dijo: “Y yo una vez que haya sido elevado sobre la tierra, atraeré a todos hacia mí” (Jn 12,32). Y el evangelista añade: “Con esta afirmación Jesús quiso dar entender la forma en que iba a morir” (Jn 12,33).

La cruz es el colmo del amor de Dios que se acerca a nosotros en Cristo encarnado, la prueba mayor del amor de Dios a los hombres es ofrecer el don de su Hijo unigénito, entregarlo para que asumiera nuestra naturaleza y nuestros pecados para salvarnos desde dentro de nuestra misma realidad. Jesús es revelación del amor de Dios a la humanidad, en su persona y en su obra. Esto alcanza su máxima expresión en el abismo de la ignominia, la humillación y el sufrimiento que se ve en la entrega del Señor hasta morir como un esclavo en la cruz.

Cuando tocamos la Cruz, más aún, cuando la llevamos, tocamos el misterio de Dios, el misterio de Jesucristo: el misterio de que Dios ha tanto amado al mundo, a nosotros, que entregó a su Hijo único por nosotros (Cf. *Jn* 3,16). Toquemos el misterio maravilloso del amor de Dios, nos ha dicho Benedicto XVI, la única verdad realmente redentora. Pero hagamos nuestra también la ley fundamental, la norma constitutiva de nuestra vida, es decir, el hecho que sin el «sí» a la Cruz, sin caminar día tras día en comunión con Cristo, no se puede lograr la vida. Cuanto más renunciemos a algo por amor de la gran verdad y el gran amor —por amor de la verdad y el amor de Dios—, tanto más grande y rica se hace la vida. Quien quiere guardar su vida para sí mismo, la pierde. Quien da su vida —cotidianamente, en los pequeños gestos que forman parte de la gran decisión—, la encuentra. “Esta es la verdad exigente, pero también profundamente bella y liberadora, en la que queremos entrar paso a paso durante el camino de la Cruz por los diversos continentes”, decía el Papa. Jesucristo invita a cada uno a tomar su propia cruz. No hay vida humana sin ella. Enfermedades, limitaciones, desgracias, incomprensiones y otras formas de sufrimiento, en nosotros o en nuestras familias, nos afectan de un modo u otro a todos. Discípulo de Jesús es el que carga con la cruz, el que se gloria solo en la cruz del Señor, y el que da testimonio de la cruz de Cristo. Claro está, la cruz no tiene sentido sin la resurrección.

Participar en esta peregrinación con la cruz ha de servir para ser fieles a la vocación cristiana. En el Bautismo y en la Confirmación fuimos sellados con la cruz de Cristo, una cruz imborrable en el alma de todo cristiano. Hacer la señal de la cruz en nuestra frente, labios y corazón es afirmar que seguimos a Cristo crucificado, que somos propiedad suya y elegimos el amor y servicio a los hermanos y seguimos el camino de la verdad, la humildad y la obediencia a los mandamientos de Dios.

Con este acontecimiento de recibir la cruz en nuestra diócesis y peregrinar con ella por las distintas parroquias queremos proclamar con palabras y gestos sencillos que Cristo ha llevado todas las cruces del mundo y las ha iluminado con su propia entrega hasta la muerte. Caminamos hacia la Jornada Mundial de la Juventud que será una gracia extraordinaria, que nos hará experimentar el encuentro con Cristo Resucitado y con todos los hombres nuestros hermanos. “Arraigados y edificados en Cristo” (Cf. Col 2,7) será el lema de la Jornada Mundial de Madrid 2011 para fundamentar nuestra vida con profundas raíces que den estabilidad, alimento y solidez a todas nuestras acciones. Contamos con vosotros jóvenes segovianos, os esperamos con inmensa alegría. Os necesitamos para rejuvenecer y dar un nuevo impulso a toda la Iglesia.

La Virgen Santa María nos ayudará a hacer realidad nuestros proyectos y programas. Estará junto a nosotros para perseverar en la fe y crecer en la caridad.

+Ángel Rubio Castro
Obispo de Segovia

IGLESIA EN SEGOVIA 2-3 DE OCTUBRE
PRENSA 2-3 DE OCTUBRE